



Rosalía Baltar

Letrados en tiempos de Rosas

Mar del Plata

Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata

2012

250 páginas

Hernán Pas¹

Del lado de acá. La literatura en tiempos de Rosas

A punto de cumplirse dos décadas de la aparición de *Orden y virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, estudio de Jorge Myers dedicado al discurso público del rosismo en manos de sus más consecuentes publicistas, la literatura argentina precisaba de un libro como el de Rosalía Baltar, *Letrados en tiempos de Rosas*, que volviera a hurgar en un período demasiado cristalizado, incluso cómodamente preconcebido. Sobre todo porque cuando se habla de rosismo o de época rosista se suele reincidir en un pasmoso contrasentido: olvidarse de que esa época coincide casi de manera estricta

con la emergencia y consolidación de las ideas románticas en la región y que, por ende, los escritores adictos a Rosas no podían dejar de estar empapados con ese clima de época (Luis Pérez, el popular gacetero rosista, comenzó a publicar sus papeles en el mismo momento en que Esteban Echeverría daba a conocer sus primeros poemas en la prensa bonaerense).

De allí que *Letrados en tiempos de Rosas* resulte un título a la vez amplio y acertado, pues no deja de atender a esa coincidencia recuperando, a la vez, las experiencias de quienes se afincaron en estas tierras con el acopio de saberes

¹ Doctor en Letras por la Universidad Nacional de La Plata e Investigador del CONICET. Miembro del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) y profesor de

Literatura argentina I de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP).
Mail de contacto: hernan_pas@yahoo.com.

importados, aquellos letrados emigrados de la Italia revolucionada que comenzaron a llegar durante el período rivadaviano. He allí uno de los méritos del libro de Baltar: la recuperación, mediante una lectura minuciosa y cuidada, de una perspectiva que en la literatura argentina ha sido en general subestimada, la de los emigrados europeos –en este caso, italianos– contratados por el gobierno criollo para servir a los intereses de la nueva república. Es desde esa perspectiva, que Baltar recupera a través del epistolario del ingeniero italiano Carlo Zucchi, que pueden repensarse las figuraciones del letrado en la Buenos Aires rosista, procurando un mapa más complejo no sólo de sus funciones sino también de sus particulares inserciones durante el rosismo. Hurgar en esas trayectorias, cuya figura emblemática es la del bien conocido Pedro de Angelis, permite entonces, como dice Baltar, “observar cómo esa literatura de propaganda, a su vez, tuvo otros aspectos que se explican más allá del juicio y la denostación de los vencedores y más allá del olvido programado de quienes construyeron los pilares de la literatura nacional” (116).

Esos “otros aspectos” forman parte de la trama profunda de los argumentos de *Letrados en tiempos de Rosas*, entre los cuales emergen con solidez los proyectos técnicos y científicos –o artísticos, según una atinada descripción de la autora– de esos emigrados, cuyos horizontes excedían las circunstanciales rencillas o inscripciones partisanas, así como los intereses bibliográficos de de Angelis, su vocación historiográfica, su empeño –en el sentido estricto de la palabra– por la recuperación y salvaguarda de documentos cuyo valor histórico generaciones inmediatas supieron reconocer y, en algunos casos, hasta agradecer; afanes todos que superaban de

suyo la escueta versión de escritores “a sueldo”, o aquella otra lanzada por Juan María Gutiérrez al calificar de “ética de Tartufo” a la actuación pública del emigrado napolitano. Así, si el estudio de Myers venía a replantear la tradicional mirada historiográfica que veía en el rosismo un régimen despótico, opuesto a la “experiencia feliz” de la Ilustración, ofreciendo sobradas pruebas de la existencia de más continuidades que rupturas entre el período rosista y el rivadaviano, el libro de Baltar contribuye hoy a completar el cuadro ofreciendo, a su vez, un minucioso panorama de la labor letrada desarrollada durante el largo dominio de Juan Manuel de Rosas, pero del lado de acá, es decir, en el centro de la Buenos Aires federalizada: panorama que otorga especial atención a los intereses y escritos de los emigrados italianos que llegaron al Plata en la década del ‘20.

¿Quiénes son esos emigrados? Además de Pedro de Angelis, a quien la autora dedica un capítulo del libro, podemos mencionar aquí al ingeniero-arquitecto Carlo Zucchi –cuya correspondencia resulta la fuente principal para la pesquisa de Baltar–, al tipógrafo-editor Giuseppe Venzano –quien desde 1843 publicaría el periódico oficialista *El Archivo Americano*–, al cartógrafo Fabrizio Mossetti –llegado a Buenos Aires en 1827 y enseguida empleado por Rivadavia–, al activista Giovanni Battista Cuneo –el liberal y mazziniano colaborador de *La Moda*, *El Iniciador* y otras publicaciones de los románticos argentinos–, de entre los más asiduamente nombrados. Todos ellos, a pesar de posibles y circunstanciales diferencias, entrelazados por un destino común: el traslado al Río de la Plata y la consecuente necesidad de procurarse el sustento. El cruce de intereses, ansias y penurias de estos emigrados ha sido examinado con

escrupulosidad por Baltar, a partir de una detenida lectura del intercambio epistolar de Carlo Zucchi, recuperado por el archivero italiano Gino Badini y publicado con el título de *Lettere dai due mondi. Pietro de Angelis ed altri corrispondenti di Carlo Zucchi* (1999). Esa revisión arroja en principio una diversa caracterización del letrado en esa primera mitad del siglo: junto al romántico, junto al publicista rosista, Baltar ubica la figura de un letrado excéntrico –humanista, técnico, artista–, que es la del letrado emigrado que llega al Río de la Plata con su formación y saberes académicos europeos –rasgos cuyos protagonistas se esmerarán en relucir para diferenciarse de sus “colegas” locales–, a servir al poder, pero también a servirse de él. Aquí, en esa peculiar inflexión, Baltar encuentra una de las mejores razones para postular su relectura cuando, finalizando el capítulo de de Angelis, sostiene:

Leer en el *erudito y oportunista* no al sabio sujeto algo deleznable que ha construido la historia de la literatura argentina sino la posición y el lugar estratégico que adoptó el letrado rosista es quizás un modo de conocer cómo el letrado contribuye a la formación global del período, en interrelación con los núcleos de poder y con su propio autorrelato de la cultura y el saber (140).

A decir verdad, no es tan excéntrica esa figura si se la piensa en contraste con otros eminentes letrados que compartían muchas de sus características, como José Joaquín de Mora, Andrés Bello, Mariano Egaña, Juan García del Río o Juan Cruz Varela. Aunque, salvo el primero, no son estrictamente emigrados políticos, todos comparten su formación clásica, su amplio

y profundo manejo de los saberes de la época, su disposición a trazar la estructura institucional de los nuevos Estados. De allí que coincidieran, por momentos, en su rechazo a los escritores más improvisados de las nuevas generaciones, a quienes de Angelis supo espetar una sentencia cara, por ejemplo, a los Varela: la de ser doctores ignorantes (la cita corresponde a una carta de de Angelis a Zucchi, que culmina con una furibunda frase contra los románticos publicistas: “Preferiría más bien tener que depender de un cacique de la pampa que de estos doctores cuya ignorancia es sólo igual a su inmoralidad” (61)). Pero quizá esa excentricidad se deba, como sugiere su autora, a la tradición que sustentan esos saberes técnicos: en efecto, la mayoría de los emigrados se sienten subvaluados de acuerdo a sus formaciones previas, inteligencias no reconocidas en un contexto saturado de vulgaridad. Aquí, en la pampa, viven “como un particular que busca el modo de ganar algunos miles” (63). Ni más ni menos: he ahí también trazada la imagen del emigrado que busca, más que nada, “hacerse la América”. Entre esos rasgos y peculiaridades, resaltados oportunamente por Baltar, uno puede hallar razones para explicar las divergencias con los jóvenes románticos de la época, como también los motivos que llevan al redactor de *El Lucero* a colocar debajo de su nombre la ristra de honores que lo distinguen y salvaguardan: “D. Pedro de Angelis, ciudadano Americano, Profesor emérito de la escuela Politécnica; Miembro de la Sociedad Real, de la del Fomento, de la Pontaniana de Nápoles, de la Asiática de París, etc.”.²

² Así reza la portada del periódico. Cfr. *El Lucero*, Tomo I, 1829-1830. Buenos Aires: Imprenta del Estado.

Precisamente de Angelis es la figura que ocupa el segundo capítulo del libro. Luego del ensayo de Josefa Sabor, *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina* que marcó un hito en la reevaluación del napolitano, poco se ha escrito sobre la labor de Pedro de Angelis durante el período rosista. La imagen que nos devuelve el libro de Baltar no sólo repone un tipo de intelectual específico, vinculado al poder, sino que también ofrece algunos elementos para ponderar aún más su tarea escrituraria. En efecto, vemos a un de Angelis corrector, crítico, filólogo, que emprende y comprende la tarea intelectual de modo colegiado –lo que explicaría en parte su aceptación a las intempestivas intervenciones de Rosas de los escritos destinados a la prensa–, y lo vemos además presa de una obsesión que pareciera dominarlo por completo, la obsesión del “genealogista”.

Para este capítulo, Baltar trabaja principalmente con dos fuentes: la correspondencia ya merodeada con el arquitecto Zucchi y la monumental *Colección de obras y documentos relativos a las provincias del Río de la Plata*, obra que de Angelis principiaría a publicar con relativo éxito en 1835. Pues bien, del análisis surge una inclinación historiográfica que lo coloca al lado de figuras como, por caso, Andrés Bello: su búsqueda de los detalles y de los documentos originales antiguos lo lleva incluso a representar escenas que rozan, como dice Baltar, lo absurdo, tal aquella en que lo vemos pidiéndole al general Oribe que abandone su puesto de campaña para introducirse en Montevideo y corroborar la autenticidad de ciertos documentos

históricos (102-103). Un de Angelis escribiendo en “trozos de papel” ante la escasez producida por el bloqueo es otra imagen por demás elocuente de su inquebrantable voluntad polígrafa.

El último capítulo aborda una serie de cruces y polémicas ya más transitados por la crítica argentina, como la reyerta entre Echeverría y de Angelis a raíz de la publicación del *Dogma Socialista...*, o la entablada entre este último y el gacetero popular Luis Pérez, disputándose la efigie de Rosas mediante sus respectivas versiones biográficas. En esta parte del libro sobrevuelan argumentos que, aun de modo implícito, vuelven a insistir en la pertinencia de algunas estocadas críticas de Viñas: “La figura de Rosas –escribe Baltar– transita los cambios de opiniones y, también, los recorridos por los géneros, es decir: la figura de Rosas hace a la figura del letrado” (152). Es decir, como podía leerse en la apertura del clásico *Literatura argentina y realidad política*, Rosas funda la literatura argentina: su figura es el emblema o bien del dicitario o bien de la adulación, pero de ella surgen las escrituras –públicas, polémicas, partisanas– que van a consolidar el corpus de la cultura decimonónica argentina; corpus que, en el contexto estudiado por Baltar, lejos estuvo de la supuesta carestía fraguada por Juan María Gutiérrez y Ricardo Rojas; por el contrario, como resalta la autora hacia el final de su libro, nada menos vacío que esa Buenos Aires federal, “donde corrían, propiamente, ríos de sangre y de tinta”. Recorriendo los segundos, pero sobre todo reponiéndolos, el libro de Baltar consigue ubicarse entre las lecturas obligadas de la crítica actual.